

Un incómodo espectro del pasado: Franco en la memoria de los españoles

Enrique Moradiellos

Enrique Moradiellos es profesor de Historia Contemporánea en la Universidad de Extremadura. Ha publicado recientemente *El reñidero de Europa. Las dimensiones internacionales de la guerra civil española* (Península, 2001) y *Francisco Franco. Crónica de un Caudillo casi olvidado* (Biblioteca Nueva, 2002).

«Francisco Franco, Caudillo de España por la Gracia de Dios». Así rezaba la inscripción presente en el reverso de todas las monedas españolas acuñadas desde diciembre de 1946 por decisión unánime del Pleno de las Cortes Españolas. Era uno más de los múltiples honores y homenajes oficiales tributados al general ferrolano nacido en diciembre de 1892, que había hecho la mayor parte de su carrera militar en la cruenta guerra colonial de Marruecos, que se había sublevado contra el gobierno de la Segunda República en julio de 1936, que había obtenido la victoria incondicional en la guerra civil en abril de 1939, y que hasta su muerte el 20 de noviembre de 1975 había ostentado la condición de Jefe del Estado, Generalísimo de los Ejércitos, *Homo misu a Deo* (enviado de la Divina Providencia) y Jefe Nacional de Falange (el partido único estatal) «sólo responsable ante Dios y ante la Historia». Se trataba, en suma, del Caudillo de España, del «Supremo Capitán de la Raza», del «César invicto», del «Salvador de la Patria», del «Ángel Custodio del Imperio español» y del «Centinela de Occidente»: un dictador de autoridad omnimoda y arbitral, profundamente reaccionario, ultranacionalista y católico-integrista, que había asumido el 1 de octubre de 1936 «todos los poderes del Nuevo Estado» y cuya magistratura sería «vitalicia y providencial» ①. Y, por supuesto, no era un mero y simple «dictador» por razones hiperbólicamente articuladas por el politizado escritor y poeta gaditano José María Pemán:

Francisco Franco: el valor sereno, la idea clara, la voluntad firme y la sonrisa. Porque Franco no es «dictador» que preside el triunfo de un partido o sector de la nación. Es el padre que reúne bajo su mando, como una gran familia, todas las fuerzas nacionales de España. Por eso su gesto no es hosco, por eso su cara no es, como dicen los españoles, de «despide-huéspedes». Franco no despide a nadie: Franco sonrío y acoge. Porque bajo su mando no tiene sólo soldados, ni falangistas, ni requetés. Bajo su mando tiene a España entera: suma de todo esto. Por eso su palabra suprema es ésa: «integración»; es decir, Unidad. La palabra de Roma y de Isabel y Fernando; y de Carlos V y de Felipe II. La clave de nuestra historia ②.

Un hombre que desempeñó todas esas magistraturas y recibió todos esos halagos mayestáticos durante casi cuarenta años forzosamente tenía que estar presente en todas y cada una de las manifestaciones públicas y sociales de la vida de España. De hecho, como recordaba con motivo del 25 aniversario de su muerte el escritor Antonio Muñoz Molina, Franco era «la cara que veía en todas partes»③. Estaba presente su efigie, desde luego, en las monedas. Pero también en los sellos de correos, en el aula del colegio a la derecha del crucifijo, en las paredes de todos los organismos estatales y de algunos particulares, en el noticiario del NO-DO en blanco y negro, luego también en los informativos de televisión, a veces en estatuas ecuestres imponentes (en Madrid, en Barcelona, en Valencia, en Ferrol, en Santander, en Jaén...) ④. Estaba presente también su nombre, pronunciado tanto en los discursos oficiales que terminaban con la invocación trimembre («¡Franco, Franco, Franco!») como en las homilias que solicitaban la protección divina para el Papa, el obispo de la diócesis y «nuestro Jefe de Estado, Francisco». Y estaba presente, además, mediante su peculiar voz, atiplada y monótona, que se escuchaba por radio o televisión en múltiples ocasiones solemnes y fes-

① No se trata de invocaciones extemporáneas sino de títulos reiteradamente utilizados en la publicística oficial. Véase, a título de ejemplo, el decreto de la Junta de Defensa Nacional en el *Boletín Oficial del Estado* (30 de septiembre de 1936); el artículo «Caudillo de España» en *Extremadura. Diario católico* (1 de abril de 1944); y el libro de Luis de Galinsoga y Francisco Franco Salgado-Araujo: *Centinela de Occidente. Semblanza biográfica de Francisco Franco*, Barcelona, AHR, 1956.

② José María Pemán: *La historia de España contada con sencillez para los niños... y para muchos que no lo son*, Cádiz, Cerón y Librería Cervantes, 1939, vol. 2, pág. 213. Recogido en Alberto Reig Tapia: *Memoria de la guerra civil. Los mitos de la tribu*, Madrid, Alianza, 1999, pág. 248.

③ Antonio Muñoz Molina: «La cara que veía en todas partes», *El País*, 19 de noviembre de 2000 (suplemento extra dominical titulado «25 años después de Franco. Aquella remota dictadura»).

④ Según un certero análisis, desde 1936 hasta 1975, Franco se convirtió en «un icono de la vida española, que quedaba impreso por doquiera se posara la mirada de los españoles: carteles, periódicos, revistas, monumentos, cartas, fotografías, cine, televisión...». Vicente Sánchez-Biosca: «Introducción. Los iconos de Franco: imágenes en la memoria», en V. Sánchez-Biosca (coord.): *Materiales para una iconografía de Francisco Franco*, doble número monográfico de la revista *Archivos de la FilMOTECA* (Valencia), nº 42-43, 2002-2003, vol. I, págs. 1-17.

tivas: el 1 de octubre, durante la fiesta nacional de «Exaltación del Caudillo»; en el correspondiente domingo de mayo con motivo del «Desfile de la Victoria»; el 18 de julio en la conmemoración del inicio del «Glorioso Alzamiento Nacional»; el 25 de julio durante el homenaje en Santiago de Compostela al «Patrón de España»; y, sobre todo, el 31 de diciembre en el tradicional «Mensaje de Su Excelencia, el Jefe del Estado, a los españoles».

Habida cuenta de la omnipresencia de la figura de Franco durante los cuarenta años de vigencia de su régimen de autoridad personal ilimitada, todavía resulta más llamativa su práctica desaparición del discurso público y casi de la memoria histórica de los ciudadanos españoles a partir de su fallecimiento y hasta la actualidad. De hecho, cabría apuntar que esta desaparición y virtual olvido del Caudillo por parte de la ciudadanía es una de las sorpresas más reveladoras y significativas legadas por el proceso de transición política desde la dictadura hacia la democracia registrada en España entre 1975 y 1978. Porque lo cierto es que todavía hoy, transcurridos ciento diez años desde su nacimiento en diciembre de 1892 y ya bien cumplido el vigésimo quinto aniversario de su muerte en noviembre de 1975, el públicamente llamado «anterior Jefe del Estado» ⑤ parece ser un gran ausente, desconocido, silenciado u olvidado para la opinión pública general del país, muy especialmente para los segmentos más jóvenes nacidos después de su fallecimiento y tras el restablecimiento de la democracia.

Las pocas encuestas informativas sobre su figura confirman esta impresión de ausencia consciente u olvido involuntario casi sin ningún género de dudas y reiteradamente. Por ejemplo, en el año 1981, el sociólogo Juan José Linz dirigió una amplia encuesta de ámbito nacional que, entre otras cuestiones, ofrecía a los encuestados cinco alternativas para definir su actitud política personal frente al inmediato pasado histórico colectivo: «franquismo», «anti-franquismo», «ambas», «ninguna» y «no contesta». Es sumamente indicativo del grado de olvido genuino o silencio voluntario el hecho de que un 32% optara por «ninguna», a pesar de que todos los entrevistados eran mayores de edad y habían conocido la dictadura como personas adultas, plenamente formadas y socialmente activas ⑥.

Cuatro años más tarde, con motivo de cumplirse los diez años de la muerte de Franco, un pequeño sondeo realizado en la ciudad de Madrid entre alumnos de enseñanza primaria y secundaria revelaba que «los niños españoles de hoy apenas conocen al general Franco» ⑦. Y si ésa era la situación entre aquellos que por su juventud sólo tenían conocimiento indirecto y mediado del personaje, no menos reveladora era la situación entre quienes sí guardaban memoria directa y biográfica del mismo. Interrogadas 1.500 personas mayores de 18 años acerca de sus sentimientos en el momento de la muerte de Franco, los resultados de la encuesta fueron los siguientes: el 30% manifestó que había sentido «esperanza» (porque «íbamos a tener libertad»); el 27% «indiferencia» («no me afectó»); el 22% «tristeza» («estaba de acuerdo con Franco»); el 20% «miedo» («no sabía qué podría pasar en el futuro»); el 9% «liberación» («como quitarme una losa de encima»); y el 6% «no sabe/no contesta».

Desde un punto de vista generacional, la citada encuesta de 1985 también revelaba que los mayores de 55 años, que habían vivido directamente los años de la República y la guerra civil, eran los que abrigaban más sentimientos de tristeza (67%) y miedo (45%), en tanto que los jóvenes de 18 a 34 años, nacidos mayormente durante la década desarrollista de los años sesenta, eran los que más declaraban sentimientos de esperanza (63%) o de liberación (21%). Con todo, lo más significativo del resultado de la encuesta seguía siendo el peso notable de los que habían sentido «indiferencia» hacia la muerte de Franco, un porcentaje que básicamente se concentraba en los jóvenes de 18 a 25 años (el 46%) e iba decreciendo con la edad (el 28% de los comprendidos entre 25 y 34 años, el 23% de los de 35 a 54, y el 21% de los adultos de 55 a 65 años) ⑧.

⑤ La resistencia a calificar a Franco como dictador o a nombrarle por sus títulos oficiales (Caudillo y Generalísimo) es sistemática. A título ilustrativo, véase el texto y folleto de la exposición fotográfica patrocinada por la Fundación Telefónica, 25 años después. *Memoria gráfica de una transición*, exhibida en Madrid entre el 16 de noviembre de 2000 y el 10 de enero de 2001: «En noviembre de 2000 se cumplen veinticinco años de la muerte del anterior Jefe del Estado».

⑥ Juan José Linz (dir): *Informe sociológico sobre el cambio político en España (1975-1981)*, Madrid, Euramérica, 1981, pág. 588.

⑦ Las conclusiones del sondeo se publicaron en el diario *El País*, 19 de noviembre de 1985.

⑧ Encuesta realizada por el Servicio de Estudios de El País. Trabajo de campo realizado entre los días 6 y 11 de noviembre de 1985. *El País*, 20 de noviembre de 1985.

Los resultados de una serie de encuestas y sondeos efectuados en noviembre del 2000, al cumplirse los 25 años desde la muerte de Franco, no variaron sustancialmente la situación descrita quince años antes. En todo caso, acentuaron las tendencias entonces perceptibles. Por ejemplo, un nuevo sondeo impresionista entre «alumnos de enseñanza media» sobre la figura del Caudillo seguía evidenciando su generalizada dificultad para «situarle en un momento preciso de la historia», con presencia de respuestas tan peregrinas como anacrónicas: «el rey que había antes de Juan Carlos», «Franco, en las Navas de Tolosa», «Franco, en las Cortes de Cádiz». Significativamente, según el autor del sondeo, ese generalizado desconocimiento entre los jóvenes tenía una salvedad notable: «la excepción está en el País Vasco, donde los jóvenes aún detectan en el franquismo la raíz de su conflicto» ⑨.

La encuesta más completa sobre la idea y memoria abrigada en torno a Franco entre los españoles de finales del siglo xx fue encargada por el diario *El Mundo* y fue publicada en su número del 20 de noviembre del año 2000 ⑩. Sus resultados son muy reveladores y no dejan de evidenciar bastantes contradicciones y notables paradojas sobre el particular.

A tenor de dicha encuesta, prácticamente la totalidad de los interrogados afirmaba saber «quién fue Franco» (el 99% de un universo de 800 personas mayores de 18 años en todo el ámbito nacional). Y en esta respuesta unánime apenas hay diferencias significativas por tramos de edad: el 100% de los entrevistados con edades de 45 a 65 años sólo desciende hasta el 97,3% entre los jóvenes de 18 a 29 años. Sin embargo, esta unanimidad resulta bastante retórica porque el resto de las respuestas parecen denotar meramente una noción muy general sobre su figura, su régimen y su protagonismo histórico. Así, por ejemplo, la pregunta «¿Sabe cómo llegó al poder?» ofrece los siguientes resultados: un 75,2% suscribe la acertada respuesta de «golpe de Estado»; un 20,6% acude a «no sabe/no contesta»; el 3,2% se adhiere a «sucesión hereditaria»; e incluso el 1% se inclina por «elecciones democráticas». Y en esta cuestión son otra vez los jóvenes de 18 a 29 años los que más indecisos se muestran (el 26,2% «no sabe/no contesta») o menos aciertan (el 2,2% realmente cree que Franco llegó al poder mediante elecciones democráticas). La indecisión y la ignorancia histórica se muestran igualmente en las respuestas a otras dos preguntas: «¿Se respetaron los derechos humanos bajo su mandato?»; «¿Mejoró la calidad de vida bajo su mandato?». En el primer caso, el 12,8% de los encuestados declina responder o no sabe cómo hacerlo, mientras que en el segundo caso ese porcentaje se eleva al 16,3%. Asimismo, frente al 67% que opina que el franquismo no respetó los derechos humanos, un 20,2% estima que sí lo hizo (incomprendiblemente). Y frente al 45,2% que niega la mejora de la calidad de vida durante el régimen, un 38,5% la afirma sin dudar (y contra la evidencia histórica del desarrollismo económico iniciado en 1959 y en vigor hasta la crisis de 1973).

Esa división de opiniones bastante persistente se manifiesta igualmente en las respuestas a la pregunta clave: «¿Qué imagen tiene de Franco?» Dicha «imagen» es considerada como «mala» o «muy mala» por el 38,1% de los encuestados, en tanto que el 33,1% la estima como «regular», el 22,5% la aprecia como «buena» o «muy buena» y un módico 6,2% «no sabe/no contesta» ⑪. Curiosamente, ese ligero equilibrio inestable entre imágenes favorables, desfavorables y neutras se contrapone con el resultado de las respuestas a la pregunta por «el juicio que hará la historia» sobre Franco. Una mayoría absoluta del 53,7% está convencida de que será «negativo», frente a un reducido 19% que lo estima «positivo» y un notable 27,3% que prefiere no responder ni definirse ⑫. Y porcentajes similares recoge la pregunta final: «¿Cree que queda algo del franquismo en el año 2000?». El 55,3% opina que queda «poco». Un 23,3% sostiene que «nada». El 17,7% mantiene que «mucho». Y un mero 3,8% «no sabe/no contesta» ⑬.

⑨ Jesús Rodríguez: «Ese fantasma de la historia», *El País*, 19 de noviembre de 2000.

⑩ Encuesta dirigida por Carlos Malo de Molina y realizada por la empresa Sigma-Dos. El trabajo de campo, mediante entrevista telefónica, tuvo lugar entre el 16 y el 17 de noviembre de 2000. *El Mundo*, 20 de noviembre de 2000.

⑪ La veracidad de estos resultados está confirmada por los resultados de otra encuesta (con un universo de 1.000 personas) realizada por Demoscopia y publicada en *El País*, el 19 de noviembre de 2000. A tenor de la misma, a la pregunta de «Cuando usted oye el nombre de Franco, ¿qué sentimientos le provoca?», las respuestas fueron: «Me deja indiferente», 42%; «Sentimientos negativos», 38%; «Sentimientos positivos», 17%; «No sabe», 2%; «No contesta», 1%.

⑫ Sobre este particular, el resultado de una encuesta del Centro de Investigaciones Sociológicas (sobre una muestra de 2.486 personas) en diciembre de 2000 ofrece resultados similares: sólo un 10% de los encuestados cree que el franquismo pasará a la historia como un período positivo para España, frente a un 37% que lo estima negativo y a un 46% que estima que tuvo «cosas buenas y malas». Cfr. Juan Avilés Farré, «Veinticinco años después: la memoria de la transición», *Historia del Presente* (Madrid), nº 1, 2002, págs. 88-97 (las cifras en pág. 89).

⑬ De nuevo en este aspecto, la encuesta citada de *El País* revalida esos resultados. A la pregunta «¿Diría usted que el franquismo sigue influyendo mucho en la sociedad española actual, que tiene alguna influencia o bien que es definitivamente una cosa del pasado?», las respuestas fueron: «Es definitivamente algo pasado», 59%; «Tiene alguna influencia», 33%; «Sigue influyendo mucho», 5%; «No sabe, no contesta», 3%.

Al margen del neto predominio de juicios negativos existente sobre Franco, el grado de desmemoria o de desconocimiento existente sobre su figura entre la ciudadanía española de los últimos años no puede ser gratuito en modo alguno. Aunque sólo sea porque una gran parte de la población española nació, creció, vivió y (en algunos casos) padeció el régimen dictatorial del general y Caudillo con todas las consecuencias. Además, por si esa experiencia personal directa fuera insuficiente para quienes tienen memoria personal del período, hubo y sigue habiendo toda una amplia y diversa literatura biográfica sobre la figura de Franco y sobre su régimen y época histórica. Y esta literatura siempre ha estado disponible para reactualizar la memoria de aquéllos y para informar las ideas y conocimientos de quienes no tenían todavía uso de razón durante su mandato o nacieron después de su fallecimiento.

Así pues, el motivo de dicha peculiar amnesia (¿o quizá sólo se trata de afasia, silencio autoimpuesto?) tiene que encontrarse en un fenómeno más decisivo y trascendente. A juicio de muchos analistas, que personalmente comparto, ese motivo tiene que ver básicamente con un elemento clave de nuestra cultura política reciente. A saber: el tácito acuerdo político sellado durante la transición para olvidar (o, al menos, para no mencionar en público) los crímenes de la guerra civil y la represión franquista consiguiente a la victoria, a fin de evitar el riesgo desestabilizador para el nuevo régimen democrático que hubiera supuesto todo lo que pudiera alentar la petición de responsabilidades y el ajuste de cuentas por conductas pasadas. En definitiva, la larga sombra de sangre proyectada por la guerra civil de 1936-1939 y la voluntad general de no repetir dicha experiencia traumática bajo ninguna circunstancia (el «nunca más la guerra civil» como axioma y guía de conducta) promovieron el llamado «pacto del olvido» sobre un pasado y un personaje tan cercanos como incómodos y molestos. No en vano, el sociólogo Karl Mannheim ya había advertido hacía tiempo: «si la sociedad quiere seguir existiendo, el recuerdo social es tan importante como el olvido». Y en el mismo sentido se expresaba sin reservas el filósofo Friedrich Nietzsche: «el conocimiento del pasado sólo es deseable si es útil para el futuro y el presente, no si debilita el presente o erradica un futuro vital»¹⁴.

En el reciente caso español, la doble amnistía política de los años 1976 (decreto-ley de 30 de julio) y 1977 (ley de 15 de octubre) exigió a su vez, como mal menor y necesario, una tácita amnesia histórica colectiva quizá en parte todavía vigente y operante. No en vano, aparte de la común raíz etimológica de ambos vocablos y conceptos, el propio decreto de 1976 aprobado por el primer gobierno de Adolfo Suárez reconocía en su preámbulo justificativo: «Al dirigirse España a una plena normalidad democrática, ha llegado el momento de ultimar este proceso con el *olvido* de cualquier legado discriminatorio del pasado en la plena convivencia fraterna de los españoles»¹⁵. La imperiosa necesidad práctica de correr un tupido velo público sobre ese pasado traumático fue reconocida por el diario *El País*, portavoz de la oposición democrática antifranquista, en su editorial del 17 de julio de 1977, conmemorativo del aniversario del inicio de la guerra civil: «Difícilmente puede fraguar la concordia sobre la memoria de la sangre derramada entre hermanos»¹⁶. Y el mismo e influyente diario reiteraría esa prioritaria necesidad con motivo de la aprobación de la ley de amnistía en octubre de 1977:

La España democrática debe, desde ahora, mirar hacia delante, *olvidar* las responsabilidades y los hechos de la guerra civil, hacer abstracción de los cuarenta años de dictadura [...]. Un pueblo ni puede ni debe carecer de memoria histórica; pero ésta debe servirle para alimentar proyectos pacíficos de convivencia hacia el futuro y no para nutrir rencores hacia el pasado¹⁷.

Probablemente, el último reconocimiento importante sobre la existencia de dicho «pacto del olvido» se hizo durante la acerba campaña electoral de mayo de 1993, cuando el entonces líder de la oposición, José María Aznar, reprochó al entonces jefe del gobierno, Felipe González, su disposición

¹⁴ Citados ambos por Paloma Aguilar Fernández: *Memoria y olvido de la guerra civil española*, Madrid, Alianza, 1996, págs. 31 y 48. Sobre este tema, véase las reflexiones de Alberto Reig Tapia: *Memoria y olvido de la guerra civil*, cap. 8; y Andrew Rigby, «Amnesty and Amnesia in Spain», *Peace Review* (Londres), vol. 12, nº 1, 2000, págs. 73-79.

¹⁵ Real Decreto-Ley nº 10/76 de 30 de julio de 1976. *Boletín Oficial del Estado*, 3 y 4 de agosto de 1976. Subrayado nuestro.

¹⁶ «18 de julio» (artículo editorial), *El País*, 17 de julio de 1977.

¹⁷ *El País*, 15 de octubre de 1977. Subrayado nuestro.

⑱ *El País*, 24 de mayo de 1993. En fechas mucho más recientes, el líder socialista, José Luis Rodríguez Zapatero, ha vuelto a insistir en la existencia de dicho «pacto tácito de silencio»: «La transición corrió un velo sobre la memoria para conseguir la reconciliación». *El País*, 29 de marzo de 2001.

⑲ Francisco Ayala: «El sentido de una pregunta», *El País*, 18 de julio de 1996.

⑳ Fragmento del primer mensaje del rey Juan Carlos ante las Cortes el 22 de noviembre de 1975. Reproducido en Laureano López Rodó: *La larga marcha hacia la monarquía*, Barcelona, Noguer, 1977, pág. 497.

㉑ Reportaje anónimo titulado «Vestigios mudos del pasado», *El País*, 18 de julio de 1986. Las tres estatuas ecuestres de Valencia, Madrid y Santander son obra del mismo escultor: el valenciano José Capuz. Pieter Leenknecht: «El Franco ecuestre de Capuz: una estatua, tres destinos», en *Archivos de la Filmoteca*, nº 42-43, 2002-2003, vol. 2, págs. 13-29 (para el caso de Valencia, págs. 26-29).

㉒ José L. Lobo: «Así que pasen otros 25 años», *El Mundo*, 20 de noviembre de 2000. Cfr. Manuel Darriba, «Ferrol, huérfano», *El Periódico de Extremadura*, 19 de noviembre de 2000.

a «romper el pacto para no remover el pasado» y le «acusó de vulnerar una y otra vez el pacto sellado durante la transición para no revolver en el pasado» ⑱. Quizá incluso pudiera añadirse a esa mera causa de cautela política otra razón explicativa de ese perdurable acuerdo tácito o explícito: el anacronismo histórico e ideológico de las alternativas extremas enfrentadas durante la guerra civil. Así al menos lo avanzó el escritor Francisco Ayala, un testigo lúcido de aquella época, con ocasión del sesenta aniversario del inicio de la contienda:

La decisión de cubrir de silencio la guerra civil no fue, pues, debida tan sólo a un acto de prudencia política, sino que venía impuesta por una realidad básica: nadie se sentía solidario con las posiciones ideológicas que durante aquella contienda habían estado en juego ⑲.

En definitiva, el pacto tácito del olvido que hizo posible la transición pacífica desde la dictadura hacia la democracia también implicó la progresiva eliminación de cualquier referencia pública conflictiva sobre «el anterior Jefe del Estado». Cabe señalar que el proceso empezó nada más ser enterrado su cadáver en el ábside de la basílica del Valle de los Caídos el 23 de noviembre de 1975. Un día antes, con motivo de su proclamación como rey de España, D. Juan Carlos de Borbón y Borbón había marcado la pauta al referirse a su antecesor de un modo tan meditadamente aséptico como neutral y genérico:

El nombre de Francisco Franco es ya un jalón del acontecer español y un hito al que será imposible dejar de referirse para entender la clave de nuestra vida política contemporánea ⑲.

Pero la eliminación de los vestigios públicos de Franco y del franquismo a partir de 1975 fue una tarea lenta, progresiva y necesariamente compleja, como el propio proceso transitorio y la correlativa consolidación democrática, aunque no suscitara grandes polémicas públicas ni enfrentamientos políticos o parlamentarios notorios. Quizá un ejemplo paradigmático de esa forma de desaparición gradual y por «consenso» es el destino de la imponente estatua ecuestre de Franco que presidía el patio de armas del castillo de Montjuich en Barcelona desde 1963. Un día de mayo de 1986, a punto de cumplirse el cincuentenario del inicio de la guerra civil, fue desmontado el caballo y su ilustre jinete para trasladar a ambos, con sigilo y sin presencia de testigos, a la Biblioteca del Museo Militar sito en el interior del propio castillo. Un destino similar había experimentado la enorme estatua ecuestre del Caudillo que presidía en Valencia desde 1964 la plaza rebautizada como del País Valenciano. Tras sucesivos retrasos en la ejecución de un acuerdo del Ayuntamiento de marzo de 1979, en septiembre de 1983 fue desmontada entre pequeños incidentes y retirada al interior de la Capitanía General de la Región Militar de Levante, en la propia ciudad de Valencia, donde todavía permanece ㉑.

Pero si los avatares de las estatuas ecuestres de Franco en Barcelona y Valencia denotan una forma de discreta retirada del Caudillo al recinto de la historia o a los cuarteles de sus compañeros de armas, lo sucedido con la estatua ecuestre emplazada en su villa natal de Ferrol ejemplifica los problemáticos límites de ese proceso de eliminación pública y oficial. Levantada en 1967 con bronce fundido en los astilleros de la Empresa Nacional Bazán, dicha estatua pesa probablemente más de 6 toneladas. Aunque la izquierda antifranquista ganó las elecciones municipales en la ciudad durante las primeras legislaturas, y pese a que ha habido múltiples manifestaciones contra su presencia (incluyendo dos infructuosos atentados con explosivos), la estatua sigue impertérrita en su emplazamiento de la plaza de España. Es posible que nadie se haya atrevido a cambiarla porque, como ha reconocido el alcalde ferrolano del Bloque Nacionalista Galego, «pesa mucho». Aunque también pudiera haber influido el hecho de que una encuesta realizada por *La Voz de Galicia* entre los habitantes de la ciudad en el otoño del año 2000 daba cuenta de una realidad sociológica nada despreciable: «el 46% de los consultados apoyó la eliminación de tan incómoda reliquia, que el Ayuntamiento ni siquiera incluye en sus guías turísticas, pero el 40% se mostró partidario de no perturbar a su ecuestre paisano» ㉒.

Tampoco la estatua ecuestre de Franco en Madrid, situada desde 1956 en la Plaza de San Juan de la Cruz (al lado de Nuevos Ministerios), ha sido desmontada ni retirada. Con la particularidad de que la memoria del Caudillo, en la capital y provincia de Madrid, cuenta igualmente con una calle (en el barrio de Canillas, distrito de Hortaleza), con una plaza (en El Pardo, cerca del palacio neoclásico que fue su residencia oficial durante treinta y cinco años), y con un arco triunfal (en Moncloa, al comienzo de la Ciudad Universitaria y de la salida a la carretera de La Coruña) ②. Nada parecido a los escasos honores tributados en la capital del Reino a otros Jefes del Estado como fueron Niceto Alcalá-Zamora Torres o Manuel Azaña Díaz, por citar tan sólo a sus inmediatos predecesores entre 1931 y 1936 (otra cosa serían los reyes Alfonso XIII y Alfonso XII). De hecho, un destacado analista ha llamado la atención recientemente sobre el palmario desequilibrio del callejero madrileño a la hora de honrar la memoria, por ejemplo, de generales combatientes al lado de Franco y generales combatientes al lado del gobierno de la República durante la guerra civil:

¿Si Aranda, Asensio Cabanillas, Fanjul, García Escámez, García Morato, el capitán Haya, Millán Astray, Mola, Moscardó, Orgaz, Saliquet, Varela o Yagüe tienen su correspondiente calle en la capital de España, por qué no la tienen Aranguren, Asensio Torrado, Batet, Ciutat, Cerdón, Escobar, Hernández Sarabia, Hidalgo de Cisneros, Lister, Miaja, Mera, Pozas, Rojo, Riquelme o Tagüeña? ¿Un imperdonable olvido, un definitivo silencio quizá? ②.

Quizá solamente la ciudad de Santander supere a la de Madrid en esa sobreabundancia de símbolos franquistas en el callejero y en los monumentos públicos urbanos. Según un estudio realizado a principios del año 2001, la capital cántabra tenía nada menos que treinta calles dedicadas a personajes de la dictadura (incluyendo a José Antonio Primo de Rivera, fundador de la Falange, y a su hermana Pilar, eterna delegada nacional de la Sección Femenina) y otras doce estatuas y monumentos relacionados con el régimen (desde el monolito erigido a la «hermana Italia» en El Sardinero hasta el cañón del acorazado *Almirante Cervera* en el parque de Mesones, pasando por la estatua ecuestre del propio Caudillo erigida en 1964) ②.

En definitiva, en forma de estatuas más o menos públicas, de invocaciones en avenidas, plazas y calles, de placas o de monolitos conmemorativos de su nacimiento, de su muerte, de su mera visita o de su obra política, el nombre de Franco sigue siendo una presencia tangible y recurrente en la sociedad española de hoy. Por más que su contorno y protagonismo histórico sea difuso y poco conocido y apreciado (en particular, por los segmentos más jóvenes y cada vez más predominantes en la pirámide demográfica por obvias razones de paso del tiempo). Como ha recordado el historiador Santos Juliá recientemente:

Los españoles tienen una valoración ambigua de Franco, no lo satanizan como los alemanes a Hitler. Quizá se deba al hecho de que la mayoría de los adultos actuales no conoció los años peores, los treinta y los cuarenta, sino más bien los cincuenta, sesenta y setenta. Y recuerda que en la segunda mitad del franquismo había falta de libertades pero también una mejora de la calidad material de vida ②.

Franco, así pues, es hoy el nombre de un espectro del pasado más o menos incómodo, pero muy real y operativo. Entre otras cosas, porque una parte considerable de la cultura política actual quizá tiene su génesis y su origen, para bien o para mal, en la época histórica por él presidida y conformada: la obsesión por la unanimidad, la satanización del conflicto, la identificación entre gobierno y nación, la hipertrofia del Ejecutivo frente a otros poderes del Estado... ②. Quizá también por eso la actitud más corriente de los españoles respecto a Franco y el franquismo sea esa sutil indiferencia de fondo que se superpone y eclipsa a los mayoritarios sentimientos negativos que suscita el personaje y su obra política antidemocrática y reaccionaria ②. Es lo que transparente

② Rafael Fraguas: «Franco, aún presente», *El País*, 18 de noviembre de 2000. Pieter Leenknecht: «El Franco ecuestre de Capuz: una estatua, tres destinos», págs. 16-19, José María Cardesín: *El poder de las imágenes: memoria histórica y acción política en la ciudad de Ferrol* (documento de trabajo presentado al seminario de historia contemporánea del Instituto Ortega y Gasset, febrero de 2003).

④ Alberto Reig Tapia: *Memoria y olvido de la guerra civil*, pág. 27.

⑤ Jesús Delgado: «El franquismo sigue en el callejero», *El País*, 18 de febrero de 2001. El estudio, encomendado por el Ayuntamiento de Santander, fue realizado por los profesores Carlos Dardé (Universidad de Cantabria), Miguel Ángel Sánchez (UNED) y Benito Madariaga (cronista oficial de la ciudad). Cfr. Pieter Leenknecht: «El Franco ecuestre de Capuz...», págs. 23-26.

⑥ Declaraciones recogidas por Javier Valenzuela: «El despertar tras la amnesia», *El País*, 2 de noviembre de 2002.

⑦ Fernando Savate, «Lo que queda de franquismo», *El País*, 20 de noviembre de 1992. Javier Pradera: «Las huellas del franquismo. Los vestigios en la cultura política española de una dictadura de casi cuarenta años», *El País*, 3 de diciembre de 1992.

⑧ Véase al respecto las reflexiones del hispanista germano Walther L. Bernecker: «De la diferencia a la indiferencia. La sociedad española y la guerra civil (1936/39-1986/89)», en F. López-Casero, W. L. Bernecker y P. Waldmann (comps.): *El precio de la modernización. Formas y retos del cambio de valores en la España de hoy*, Frankfurt, Vervuert Verlag, 1994, págs. 63-79.

la extraña declaración hecha en noviembre del 2000 por el alcalde de Ávila del Partido Popular, Agustín Díaz de Mera, al justificar su negativa a atender las demandas de la oposición para eliminar del callejero de su ciudad la vía dedicada al Generalísimo Franco y retirar su correspondiente placa y efigie:

Hay que asumir la Historia con todas sus consecuencias. [...] A mí no me molesta ver en las plazas referencias a personajes más o menos nefastos de nuestra Historia. Y a los ciudadanos tampoco les preocupa ②.

Como anunciaba la portada de la influyente revista británica *The Economist* en su número del 25 de noviembre de 2000, puede ser cierto que España ha pasado en el último cuarto de siglo «de Franco al frenesí» (*From Franco to Frantic*). Pero el espectro del incómodo personaje sigue aflorando en la vida pública de cuando en cuando y con la correspondiente agitación mediática y política. Así ha sucedido con la reciente polémica por la financiación oficial de la digitalización de su archivo personal, celosamente custodiado por la Fundación Nacional Francisco Franco (una entidad de carácter privado presidida por Carmen Franco Polo, duquesa de Franco por título real otorgado en noviembre de 1975) ③. O bajo el formato satírico de la difundida portada y carátula de los cinco discos-compactos sobre «La edad de oro del Pop Español», que presenta el busto de un Caudillo en sus años de madurez tocado de peluca rubia, con labios pintados de rojo y azulada sombra de ojos. O incluso como nostálgica materia cinematográfica de la mano de Albert Boadella y su anunciada película humorística sobre los dos últimos años de vida de Franco («Buen viaje, Excelencia») ④. Y esto porque los fantasmas del pasado pueden ser conjurados y exorcizados. Pero lo que no se puede nunca es anularlos por completo ni suponer que no han existido.



② Declaraciones recogidas en José L. Lobo: «Así que pasen 25 años», *El Mundo*, 20 de noviembre de 2000.

③ Javier Tusell: «El secreto de los papeles del general», *El País*, 19 de noviembre de 2000. «Los papeles de Franco», *La aventura de la historia*, n.º 38, diciembre de 2001, pág. 12. Andreas González: «La Fundación Franco es la que recibe más subvenciones», *El Periódico de Extremadura*, 19 de septiembre de 2002. Miguel Mora: «Los historiadores exigen al Gobierno que abra los archivos de la Fundación Franco», *El País*, 20 de septiembre de 2002. «Todos los grupos políticos critican la subvención a la Fundación Franco», *ABC*, 20 de septiembre de 2002. «Archivo de la dictadura», *El Mundo*, 22 de septiembre de 2002.

④ Borja Hermoso: «Albert Boadella, brazo en alto y tras el rastro de Franco», *El Mundo*, 15 de noviembre de 2002.

Eduardo Arroyo:
1963. *La mujer del minero*
Pérez Martínez, Constantina, llamada Tina, es rapada por la policía (1970)

